

## *La Universidad: cosmovisión y disciplinas científicas*

*¿Por qué hay que repensar la Universidad y sus disciplinas?*

María LACALLE NORIEGA

Casi ochocientos años después del nacimiento de la Universidad, puede que haya llegado el momento de reflexionar sobre su presente y su futuro. Algunos indicios apuntan a un distanciamiento de la Universidad actual de su vocación originaria, pues aparenta haber descuidado su misión de transmitir sabiduría y originar pensamiento ayudando de esta manera a los jóvenes a progresar en el camino de la perfección, para parecerse más a una «fábrica de titulados». En este artículo se hace un breve análisis de las causas que pueden haber empujado a la institución universitaria hacia esta situación y se proponen una serie de medidas para reconquistar la vocación propia de la Universidad: recuperar la unidad del saber, pasar del fenómeno al fundamento, transmitir auténtica sabiduría, utilizar el método adecuado y recuperar la figura del maestro.

### *1. PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN: ¿PARA QUÉ ENSEÑAMOS?*

Recién comenzado el tercer milenio, muchos siglos después del nacimiento de las primeras universidades, parece necesario pararse a «repensar» sus disciplinas científicas, pues pueden haberse desviado de su vocación originaria. Y este esfuerzo de reflexión debe recaer, principalmente, en los docentes, verdaderos especialistas en cada una de sus disciplinas, si están abiertos a la «búsqueda de la verdad», razón de ser profunda de la Universidad. No se trata de un ejercicio intelectual abstracto, sin referencia a la realidad, sino que es preciso que cada profesor se enfrente a su asignatura y se sumerja en ella buscando sus presupuestos y sus implicaciones para el hombre y para la sociedad, y se atreva a cuestionar esos presupuestos, y a replantear los objetivos y los contenidos, y quizá a romper con una inercia que no parece conducir a recuperar la calidad en la enseñanza y el papel predominante de la Universidad como generadora de pensamiento.

Por tanto, parece lo más adecuado que los propios docentes se planteen su trabajo desde el punto de vista de su causa final. Es decir, fijándose en el fin que persiguen, pues si no tienen claro esto, si no saben lo que quieren para sus alumnos, nunca podrán desempeñar adecuadamente su tarea. La causa final es la primera, como lo es el planteamiento de objetivos y la enunciación de propósitos en cualquier acción que pretenda ser humana.

Las preguntas clave, entonces, son las siguientes: ¿para qué enseñar?, ¿hacia dónde hay que orientar a los alumnos?, ¿hacia la competitividad?, ¿hacia el triunfo económico?, ¿hacia la fama?, ¿el objetivo de la enseñanza universitaria es preparar estudiantes para el éxito profesional, exclusivamente?

Una verdadera universidad no puede conformarse con eso. Debe aspirar a más, a mucho más. Santo Tomás decía que la educación consiste en ayudar al joven a alcanzar el estado «perfecto» en cuanto hombre, o mujer. Ese debe ser el objetivo: la perfección de los alumnos, pues para eso sirve el estudio, el conocimiento, el saber. Santo Tomás lo explica así: «Todas las ciencias y las artes se ordenan a una sola cosa, a la perfección del hombre, que es su felicidad»<sup>1</sup>. Por tanto, todas están, o, más bien, deben estar, al servicio de la persona, de su plenitud y de su felicidad.

De esta manera, el objetivo de la actividad docente, su causa final, es excelso y grandioso, como la perfección de los alumnos. Hacia esa meta tan ambiciosa se deben encaminar los esfuerzos de todo buen profesor.

En la Universidad se debe preparar a los alumnos no sólo para el mercado de trabajo, sino, sobre todo, para la vida, para que sepan desentrañar la realidad y comprender el mundo, para que asuman con responsabilidad su proyecto de vida, para que se desarrollen plenamente como personas y sirvan al bien común de la sociedad en la que viven.

Cada docente, pensando en su asignatura, debe plantearse preguntas: ¿en qué medida se puede afirmar que lo que se enseña a los alumnos los perfecciona?, ¿hasta qué punto contribuye a su felicidad?, ¿tiene algo que ver con el sentido de su vida?

---

<sup>1</sup> Santo TOMÁS DE AQUINO, *In Metaphisicam Aristotelis commentaria*, Proem.

## 2. SITUACIÓN ACTUAL DE LA UNIVERSIDAD

De momento queda esa cuestión ahí, en el aire, luego volveremos sobre ella. Antes es preciso hacer un brevísimo análisis de la situación actual de la Universidad con el objetivo de mostrar que gran parte de la enseñanza universitaria actual está muy alejada del planteamiento que se acaba de hacer.

La Universidad nace como una comunidad de profesores y alumnos que buscar la verdad. «Ayuntamiento de profesores y alumnos por el saber», decía Alfonso X en la Ley de Partidas. La institución universitaria surge como centro de creatividad y de irradiación del saber, consagrada a la investigación, enseñanza y formación de estudiantes libremente unidos con sus maestros en la búsqueda de la verdad, animados todos por el mismo amor a la sabiduría<sup>2</sup>.

En la Universidad medieval se buscaba un saber integral y para ello el plan de estudios se iniciaba con el estudio de las artes liberales según una división en *Trivium* y *Quadrivium*, es decir, Letras y Ciencias. *Trivium* procede de Tres, ya que tres eran las ramas del saber que correspondían a las Letras: Gramática, Retórica y Dialéctica. *Quadrivium* procede de Cuatro, ya que cuatro eran las ramas del saber de las Ciencias: Aritmética, Geometría, Música y Astronomía<sup>3</sup>. Tras completar el currículum de artes liberales, un estudiante podía comenzar a estudiar Derecho, Medicina o Teología, que era la ciencia reina.

Parece evidente que la Universidad actual se parece poco a lo que era en sus orígenes. Está claro que se trata de una institución milenaria que ha sufrido, como es lógico, muchas reformas desde su nacimiento allá por el siglo XII, y que no puede permanecer exactamente igual que en la Edad Media. Pero una cosa es cambiar para adaptarse a las nuevas circunstancias y tiempos y otra cosa es transformarse hasta el punto de perder la propia identidad. No es el momento de desarrollar una historia de la Universidad analizando las causas y consecuencias de las sucesivas variaciones que se han ido produciendo. Sólo interesa, en este momento, mencionar muy brevemente tres cuestiones que han alterado la Universidad de tal manera que corre el peligro de abandonar definitivamente su vocación originaria y convertirse en otra cosa.

---

<sup>2</sup> Cfr. JUAN PABLO II, Constitución apostólica *Ex corde Ecclesiae*, n. 1.

<sup>3</sup> RODRÍGUEZ DE LA PEÑA, Alejandro, *Los orígenes de la Universidad: las piedras y las almas de la Universidades medievales*, en *Arbil*, [www.arbil.org/\(85\)juniv.htm](http://www.arbil.org/(85)juniv.htm).

a) *Abandono de la búsqueda de la verdad y de la unidad del saber*

En primer lugar, todo apunta a que se ha producido un divorcio entre razón y sabiduría. Juan Pablo II, en la Encíclica *Fides et ratio*, ha proporcionado una mirada profunda sobre la situación del pensamiento moderno señalando algunas de las corrientes que han conducido al hombre al llamado «pensamiento débil», que se caracteriza por la pérdida de confianza en la razón como palanca para conocer la unidad y el fundamento de lo real. El hombre actual desconfía de la capacidad de la razón para conocer la verdad<sup>4</sup>, incluso ha puesto en duda la existencia misma de la verdad. Benedicto XVI ha repetido muchas veces que este relativismo es el problema principal de nuestro tiempo. Hay quien piensa que el Papa se refiere única y exclusivamente al campo de lo moral. Sin embargo, de sus palabras y escritos podemos deducir que se refiere a algo mucho más profundo: «A la actitud intencional profunda que la conciencia contemporánea —creyente y no creyente— asume fácilmente con relación a la verdad»<sup>5</sup>. Una actitud de indiferencia, de desprecio, incluso de rechazo visceral a la posibilidad misma de que exista la verdad, en su unidad ontológica.

Además, desde el siglo XIX se ha ensalzado un tipo de ciencia positiva hasta el endiosamiento, llegando a considerarla como la única modalidad válida de conocimiento objetivo. Esto ha conducido a la negación de otras modalidades del conocimiento humano, concretamente la Filosofía y la Teología. La formación humanística ha quedado relegada a la marginalidad, cuando no ha desaparecido por completo, y el horizonte del conocimiento se ha ido reduciendo a lo estrictamente empírico, cuando no «ideológico», bajo un constructivismo social difícil de compatibilizar con lo real. La pregunta por la verdad, así como la cuestión del significado último de la realidad, se han arrinconado, pues carecen absolutamente de interés dentro de esa mentalidad relativista y positivista.

Todo esto ha provocado que la *universitas studiorum*, la interdisciplinariedad que está en el origen de la Universidad haya cedido el puesto a una hiperespecialización<sup>6</sup>. En gran medida, los profesores son especialistas en una pequeña parcela de la realidad, y con demasiada frecuencia pierden incluso el sen-

---

<sup>4</sup> Cfr. JUAN PABLO II, Encíclica *Fides et ratio* n. 86-91.

<sup>5</sup> RODRÍGUEZ LUNO, Ángel, *Relativismo, verdad y fe*, en [www.arvo.net](http://www.arvo.net).

<sup>6</sup> Cfr. POUPARD, Paul, *La universidad, creadora y transmisora de una nueva cultura al alba del III Milenio*, Madrid, Universidad San Pablo-CEU, en [www.archimadrid.es/dpuniversitaria/pensar.html#feuni](http://www.archimadrid.es/dpuniversitaria/pensar.html#feuni).

tido de la referencia de esa parcela a todo lo demás, al conjunto. Esto ha tenido consecuencias graves en la docencia y en la concepción de la realidad que se transmite a los alumnos: una concepción fraccionada, parcial, incompleta, que produce en ellos fragmentación e impide que alcancen la unidad interior<sup>7</sup>.

#### b) *Primacía de la técnica frente a la sabiduría*

Por otra parte, se ha producido desde hace décadas una excesiva acentuación de la dimensión técnica de la inteligencia humana frente a la función sapiencial. La dimensión técnica es aquella que nos permite dominar y someter a la naturaleza, fabricar instrumentos y obtener recursos. La función sapiencial de la inteligencia busca, en cambio, entender el significado del mundo y el sentido de la vida humana. Acuña conceptos, no con la finalidad de dominar, sino de alcanzar las verdades y las concepciones del mundo que pueden dar respuesta a la pregunta por el sentido de nuestra existencia<sup>8</sup>.

La cultura utilitarista y relativista provoca un desequilibrio de estas dos funciones de la inteligencia: la técnica y la sapiencial. Desde el relativismo se dice que no tiene sentido preguntar sobre lo que es; sólo interesa preguntar sobre lo que se puede hacer con las cosas. Lo que importa no es la verdad, sino la praxis, el dominio de las cosas para obtener el mayor provecho<sup>9</sup>. Así, la mentalidad utilitarista se impone sobre el humanismo integral y lleva a desconsiderar las necesidades y las expectativas de la persona, a censurar o a sofocar los interrogantes más constitutivos de su existencia personal y social. La cuestión sobre el sentido de la vida es considerada como algo que pertenece al campo de lo irracional o de lo imaginario<sup>10</sup>.

Esto tiene también una consecuencia directa en la docencia universitaria, y es la conversión del profesor en una especie de técnico que transmite conocimientos útiles. Es éste uno de los principales fracasos de la Universidad actual: ha abandonado la pretensión de formar. Ahora se limita a informar, a instruir,

---

<sup>7</sup> Cfr. JUAN PABLO 11, Encíclica *Fides et ratio*, n. 85.

<sup>8</sup> Cfr. RODRÍGUEZ LUÑO, Ángel, *Relativismo, verdad y fe*, en [www.arvo.net](http://www.arvo.net).

<sup>9</sup> Cfr. RATZINGER, Joseph, *Fe, verdad y cultura. Reflexiones a propósito de la Fides et ratio*, en [www.archimadrid.es/dpuniversitaria/pensar.html#feuni](http://www.archimadrid.es/dpuniversitaria/pensar.html#feuni).

<sup>10</sup> Cfr. JUAN PABLO 11, Encíclica *Fides et ratio*, n. 88b.

si acaso, y solamente. Los alumnos acumulan conocimientos, pero no son capaces de discriminarlos, de distinguir entre lo principal y lo accesorio, entre lo verdadero y lo falso, entre los hechos y las opiniones. Se imparte mucha instrucción y poca sabiduría que tiene que ver con el sentido de la vida. Ello conduce a construir su «realidad» no real, en el sentido de inadecuación con la naturaleza de las cosas y sus relaciones sustantivas.

c) *Se forman profesionales, no personas*

De otro lado, muchas universidades han abandonado su vocación originaria a la Formación para convertirse en escuelas de formación profesional de alto nivel. La Formación de las personas ha cedido su lugar a la capacitación de profesionales y la Universidad se ha transformado en una empresa proveedora de los profesionales que necesita la sociedad, preocupándose únicamente de su preparación técnica y olvidando su formación humana.

d) *Crisis de identidad*

Éste es, en definitiva, el panorama actual de la Universidad que está provocando en ella una profunda crisis de identidad. Primero, la ciencia positiva desplazó a la Teología y a la Filosofía de su función integradora de los distintos saberes, perdiéndose una visión unitaria de la realidad. La búsqueda de la unidad fue sustituida por la fragmentación y la especialización exagerada. Más recientemente, las propias ciencias positivas han sido desplazadas en su peso relativo por las disciplinas técnicas de alta demanda social. Las universidades se han convertido, en gran medida, en institutos politécnicos de capacitación para el trabajo con espacios cada vez más reducidos para el desarrollo de la visión contemplativa de la inteligencia<sup>11</sup>. El nihilismo se ha instalado en la Universidad, nihilismo que significa una enseñanza fragmentaria, sin verdad, sin sabiduría, sin maestros y sin verdaderos estudiantes. Esta situación queda reflejada en una vieja expresión: «Universidad como fábrica de titulados».

---

<sup>11</sup> MORANDÉ COURT, Pedro, *Un nuevo humanismo para la vida de la Universidad*, exposición hecha en el marco del Jubileo de los Docentes Universitarios, Roma, septiembre de 2000, en *Humanitas*, n. 20.

### 3. UN BINOMIO CLAVE: FORMACIÓN INTEGRAL Y EXCELENCIA EDUCATIVA

Pienso que debemos evitar esta degradación de la vida universitaria. Es preciso recuperar la vocación originaria que animaba las antiguas universidades. La educación universitaria hace referencia a dos fenómenos diferentes pero correlativos: el primero, el básico, es la formación integral del alumno, su crecimiento personal y su madurez, de manera que sea capaz de asumir de forma responsable las riendas de su vida y sepa enfrentarse a los problemas que se le vayan presentando; el segundo se refiere a la transmisión de los conocimientos pragmáticos, técnicos, científicos y profesionales, su capacitación profesional que hará de él alguien competente para integrarse con éxito en el mercado de trabajo y para producir bienes y servicios en favor de la comunidad.

Información y formación constituyen un binomio clave en la vida universitaria. La Universidad no cumplirá adecuadamente su tarea si falta alguna de ellas. Informar es proporcionar una serie de datos y conocimientos específicos. La formación va más allá: ofrece unos criterios para regir el comportamiento de acuerdo con una concepción de la vida; contribuye a desarrollar la capacidad de razonar con lógica, el sentido común, la sensibilidad ante el bien y la belleza, la capacidad para el juicio moral. Ésta es la primera gran tarea, sobre la cual debe edificarse la preparación de técnicos, profesionales e investigadores competentes, con una sólida formación general y especializada, capaces de seguir formándose por sí mismos durante toda la vida<sup>12</sup>.

#### a) *Recuperar la unidad del saber*

Este binomio al que debe aspirar la Universidad —información + formación— exige en primer lugar la integración de las diversas ramas del saber. La verdadera Universidad debe conjugar la unidad con la diversidad del saber, a través de las competencias y aportaciones de las diversas disciplinas, que tienen un punto de convergencia en el ser humano<sup>13</sup>. Integrando armónicamente las ver-

---

<sup>12</sup> Cfr. CORCHUELO ALFARO, Faustino OP, *Reflexiones en torno a la tarea educativa universitaria*, en <http://campus.fortunecity.com/assembly/195/>.

<sup>13</sup> TOMPKO, Joseph, Lección inaugural del curso académico 2005-2006 en la Universidad Católica San Antonio de Murcia.

dades de cada ámbito científico se puede ofrecer una visión de conjunto de la realidad que responda a las verdaderas necesidades de los alumnos.

Todo el que aspira al verdadero conocimiento tiene que estar abierto a la realidad, según la totalidad de sus factores. El auténtico espíritu universitario lleva a escuchar la verdad, venga de donde venga, por eso la hiperespecialización es contraria a la esencia misma de la Universidad, mientras que la interdisciplinariedad es lo suyo propio. Se debería recuperar la *universitas studiorum* de los orígenes, de manera que las distintas facultades puedan intercambiar los resultados de su investigación y hacer partícipes a los demás miembros de la comunidad universitaria de los últimos avances en sus respectivos campos. Se debería fomentar que los alumnos de «Ciencias» puedan ponerse en contacto con las grandes cuestiones del hombre tal y como las presentan las «Humanidades», y los estudiantes de «Letras» puedan adquirir las nociones de cultura científica y tecnológica imprescindibles para comprender el mundo actual<sup>14</sup>. El universitario, no sólo el profesor sino también el alumno, tiene que enfrentarse ante la realidad, ante el misterio de la realidad, como algo integral, como totalidad de lo que existe y no desde la fragmentación.

Las ciencias del hombre y las de la naturaleza deben volver a encontrarse, para que el saber recupere una inspiración profundamente unitaria. A estos efectos es muy importante comprender que el humanismo, entendido como un esfuerzo de comprensión del ser humano, no está vinculado exclusivamente a las carreras de Letras. Es éste un error muy extendido que lleva a los de Letras a pensar que ellos son los únicos que pueden llegar a conocer la auténtica realidad, y a los de Ciencias a pensar que ellos estudian lo único que es útil y valioso y que todo lo demás es pura especulación que no sirve para nada. Muchos grandes científicos han sido grandes humanistas; y muchos grandes filósofos y teólogos se han interesado por la ciencia. Las exigencias de la formación integral implican una formación en la complejidad que integre las aportaciones tanto de las ciencias naturales como de las humanas y sociales para posibilitar la comprensión de fenómenos también complejos<sup>15</sup>.

---

<sup>14</sup> POPUPARD, Paul, Lección inaugural del curso académico 2001-2002 en la Universidad Católica San Antonio de Murcia.

<sup>15</sup> ANDRÉS-GALLEGO, José, Lección inaugural del curso académico 2002-2003 en la Universidad Católica San Antonio de Murcia.

El Papa Benedicto XVI en el Discurso que dirigió el pasado mes de junio a los docentes universitarios<sup>16</sup>, dijo, entre otras cosas, que la Universidad jamás debe perder de vista su vocación particular a ser una *universitas* en la que las diversas disciplinas, cada una a su modo, se vean como parte de un *unum* más grande. Es urgente, dijo, redescubrir la unidad del saber y oponerse a la tendencia a la fragmentación y a la falta de comunicabilidad que se da con demasiada frecuencia en nuestros centros educativos.

### b) Pasar del fenómeno al fundamento

Esta integración del saber se debe proyectar no sólo a nivel horizontal, sino también a nivel vertical y trascendente. Como dice Juan Pablo II<sup>17</sup>, «un gran reto que tenemos al final de este milenio es el de saber realizar el paso, tan necesario como urgente, del fenómeno al fundamento», es decir, de los distintos saberes y ciencias a la Metafísica y a la Teología. La Universidad no puede aceptar una comprensión parcial y fragmentaria de la realidad. No puede eludir las arduas preguntas sobre el significado. Por tanto, la Filosofía y la Teología, las ciencias del significado, se deben hallar en el corazón de cualquier universidad que se precie de serio. Es más, se puede afirmar que la Universidad católica, con la asistencia de la Filosofía y de la Teología, es el lugar idóneo para ir a la raíz de los problemas y responder a las cuestiones urgentes de los desafíos de hoy con una visión integral del ser humano<sup>18</sup>.

La Filosofía no es ningún «pegote» que se pretenda adosar a todas las asignaturas. Filosofar es una actividad natural del hombre. En la Encíclica *Fides et ratio*, Juan Pablo II, citando a Aristóteles, recuerda que «todos los hombres desean saber»<sup>19</sup>, y define al hombre como «aquél que busca la verdad»<sup>20</sup>. En un primer nivel se encuentran verdades o saberes en la vida diaria y también en la investigación científica. Son verdades de lo fenoménico, de aquello que se presenta con una evidencia inmediata o que puede verificarse experimentalmente.

---

<sup>16</sup> Discurso pronunciado en el Encuentro Europeo de Profesores Universitarios, Roma, 23 de junio de 2007.

<sup>17</sup> Encíclica *Fides et ratio*, n. 83.

<sup>18</sup> Cfr. JUAN PABLO II, Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*, nn. 30 y ss.

<sup>19</sup> Encíclica *Fides et ratio*, n. 25; *Metafísica*, 1,1.

<sup>20</sup> Encíclica *Fides et ratio*, n. 28.

Pero el hombre no está limitado a este nivel del saber. Puede encontrar otro más profundo, gracias a la capacidad de su razón, que puede trascender lo empírico. A este segundo nivel pertenecen las verdades filosóficas «a las que el hombre llega mediante la capacidad especulativa de su intelecto»<sup>21</sup>. Los filósofos intentan descubrirlas y expresarlas en doctrinas, pero en realidad el conocimiento de la verdad es una pretensión de todos los hombres, y a nadie le es indiferente acertar o equivocarse. Podría decirse que todo hombre, en cierto sentido, es filósofo. Todos poseen una concepción propia de la realidad, que de algún modo da respuesta a los grandes interrogantes de la existencia, y desde esta interpretación orientan su propia vida personal<sup>22</sup>.

Todos los seres humanos buscan una explicación y un sentido. En definitiva, todos buscan la verdad. Y esto es así en todos, implícita o explícitamente, aunque algunos lo nieguen. Nadie puede sustraerse a esta búsqueda. De manera que la mera descripción de los fenómenos no puede agotar el interés de quien busca tener experiencia de la verdad y de su significado para la propia vida. En el fondo de todo saber parcial está la aspiración al saber último, al sentido de todo lo que se sabe. De ahí la necesidad de que se realice en todas las asignaturas el paso del fenómeno al fundamento trascendiendo los datos empíricos para poder llegar más allá de los límites de cada asignatura.

Esto puede parecer muy complejo, dicho así, en frío. Sin embargo, lo más probable es que, en muchos casos, de manera inconsciente, muchos profesores ya lo estén haciendo, porque no existe la neutralidad filosófica. Todo profesor tiene que ser consciente de que, inevitablemente, está expresando una concepción del hombre y de la vida. Todo hombre posee una cosmovisión, lo reconozca o no. Cuando el profesor selecciona los datos de conocimiento que considera más importantes para transmitirlos a los alumnos, esa selección implica una filosofía. Cuando dice en clase que este tema o aquel otro cae seguro en el examen, o que nadie que no domine tales conceptos aprobará nunca la asignatura, les está haciendo ver que esto es más importante que aquello, y ahí hay una filosofía de fondo. Cada vez que hace alusión al por qué de las cosas, está transmitiendo una concepción de la realidad. El profesor no se puede conformar con enseñar una materia. El verdadero maestro no enseña solamente una asignatura, unos contenidos o unos programas; enseña, ade-

---

<sup>21</sup> *Ibid.*, n. 30.

<sup>22</sup> FORMENT, Eudaldo, *El profesor católico y el nuevo humanismo*.

más, una concepción de la disciplina, una forma de mirarla, una filosofía de la vida.

No se trata, por tanto, de que el profesor de Matemáticas o el de Derecho Procesal expliquen Metafísica en sus clases, sino de que en sus explicaciones, en su trato con los alumnos, en su comunicación con ellos y a partir de los contenidos de su materia les remitan a las preguntas fundamentales: la verdad, el bien, el porqué. Se trata de replantear cada una de las asignaturas, superando los límites de cada área de conocimiento, ampliando horizontes y buscando en la enseñanza una dimensión mucho más profunda. Y esto es también aplicable a la investigación en cualquier campo, pues muchas veces se halla encerrada dentro de los límites de su método, al modo del famoso símil del «farol y la moneda»<sup>23</sup>.

Porque ¿de qué serviría formar excelentes informáticos, abogados, empresarios, si carecen de una visión armónica del saber y del mundo, si no están preparados para enfrentarse a la vida y a los problemas éticos y morales que el ejercicio de su profesión les va a plantear inexorablemente? El Cardenal Poupard confesaba su miedo a un mundo dominado por expertos sin alma, en manos de técnicos que saben casi todo acerca de muy poco y casi nada acerca de todo lo demás, de las cosas que verdaderamente importan<sup>24</sup>. Es el «nuevo bárbaro» del que hablaba Ortega y Gasset: un profesional perfectamente adiestrado en la técnica de su disciplina, pero incapaz de situarla en su contexto y relacionarla con otras disciplinas; más instruido que nunca pero más inculto también<sup>25</sup>.

Y es que sin una auténtica enseñanza acerca de los principios últimos, la educación intelectual no sólo estará incompleta, sino desorientada, sin norte ni

---

<sup>23</sup> Una persona pierde una moneda en la calle. Sólo hay un farol que ilumina una parte muy pequeña. La persona busca la moneda sólo en la parte iluminada por la farola, y lo hace así durante horas. Llega un amigo y, ante la infructuosa búsqueda, le invita a buscarla por toda la calle, pero el buscador se niega por la falta de luz. La moraleja es muy sencilla: será necesario iluminar el resto de la calle para no reducir la búsqueda a la zona iluminada por la farola. Habrá que acomodar el método al objeto de estudio, que es la realidad objetiva, evitando reduccionismos como el señalado. Cfr. GARCÍA RAMOS, José Manuel, *Investigación y evaluación. Implicaciones y efectos. Algunas reflexiones metodológicas sobre investigación y evaluación educativa*, en *Revista Complutense de Educación* año 1999, vol. 10, n. 2, p. 205.

<sup>24</sup> POUPARD, Paul, *La universidad, creadora y transmisora de una nueva cultura al alba del III Milenio*, Universidad San Pablo-CEU, Madrid, 28 de mayo de 2001.

<sup>25</sup> ORTEGA Y GASSET, José, *Misión de la Universidad*, Fundación Universidad-Empresa, Madrid, 1998, p. 26.

brújula, con el grave peligro de perderse en un laberinto de «pseudociencias», o de acabar dirigiéndose exclusivamente a lo útil, a lo técnico, perdiendo así su carácter genuinamente universitario. La desorientación puede ser aún más perniciosa si las ciencias que se estudian tienen una finalidad práctica, con implicaciones personales y sociales. La Filosofía y la Teología deben ser entonces el fundamento inexcusable de las mismas, pues sólo desde una comprensión de la esencia del hombre creado a imagen de Dios y de las exigencias de su naturaleza creada puede logarse que los logros científicos y tecnológicos estén de verdad al servicio del ser humano<sup>26</sup>. Como decía el Cardenal Newman, cuando falta ese fundamento, y la Teología abdica de su papel propio, su campo no es simplemente descuidado, sino que es usurpado por otras ciencias, que se apropian indebidamente de respuestas definitivas que no están en condiciones de ofrecer<sup>27</sup>.

### c) *Transmitir auténtica sabiduría*

El profesor no debe ser un mero técnico, simple transmisor de técnicas, sino que debe comunicar auténtica sabiduría, pues «es tarea de la Universidad forjar hombres y mujeres que sepan dar testimonio de sabiduría, que es saber y sabor (*scientia et sapientia*) de las cosas de Dios, del hombre y del mundo»<sup>28</sup>. La auténtica Universidad se interesa por transmitir sabiduría, por cultivar el alma, por enseñar a vivir. El saber no es erudición, no es poder, no es un título, no es amontonamiento de datos; el saber es vida, y vida que satisface las aspiraciones más profundas del alma<sup>29</sup>.

Hay que evitar por todos los medios caer en dos extremos que son igualmente enemigos de la enseñanza universitaria: por un lado, el buscar únicamente los conocimientos prácticos, útiles, efectivos; y, por otro lado, caer en las infinitas expresiones de la erudición, en la interminable especulación del cono-

---

<sup>26</sup> MARTÍNEZ, Enrique, *Santo Tomás, arquitecto de la vida universitaria*, Lección inaugural dictada en la Universidad Santo Tomás de Colombia (Bogotá) el 6 de marzo de 2003.

<sup>27</sup> Cfr. NEWMAN, J.R., *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria*, Eunsa, Pamplona, 1996, p. 121.

<sup>28</sup> TOMPKO, Joseph, Discurso de inauguración del año académico 2005-2006 en la Universidad Católica San Antonio de Murcia.

<sup>29</sup> MARTÍNEZ, Enrique, *Santo Tomás, arquitecto de la vida universitaria*, Lección inaugural dictada en la Universidad Santo Tomás de Colombia (Bogotá) el 6 de marzo de 2003.

cimiento humanístico por el mero placer del conocimiento mismo<sup>30</sup>. Ninguno de estos dos extremos es capaz de dar un sentido a la enseñanza universitaria.

Muchas veces los profesores se quejan, y con razón, de la falta de interés de los alumnos. Pero es preciso que cada uno haga un pequeño examen de conciencia y analice si los mismos profesores no están provocando en parte esa falta de interés por haberse convertido en meros transmisores de información, de técnicas, o bien por perderse en reflexiones abstractas sin ninguna referencia al sujeto y mortalmente aburridas. Quizá, en ocasiones, la culpa es suya por no ser capaces de despertar inquietud, de «provocar», de abrir en la mente de los estudiantes horizontes más amplios. El sistema universitario, tecnicista e hiperespecializado, ha matado al maestro, y está a punto de matar a los alumnos de puro tedio y desmotivación<sup>31</sup>.

Si el profesor no consigue comunicarse, si no consigue hacer que su temario sea significativo, interpelante, que permita al alumno descubrirse en el objeto de estudio, entonces su enseñanza degenerará en una abstracción sin significado para la vida, en una fastidiosa y terrible aridez, tanto para el alumno como para el profesor. Todos sabemos lo frustrante que es pretender enseñar a quien no está dispuesto a aprender. Sin duda y asimismo, será frustrante para quien está ávido por aprender, encontrar docentes mediocres, incapaces de aportar ningún valor añadido a lo que dice el manual de la asignatura.

Es obligación de los docentes crear un ambiente intelectualmente estimulante. La Universidad debe convertirse en una auténtica escuela de pensamiento, abierta a todas las dimensiones de lo humano, en la que profesores y alumnos recuperen la pasión por la verdad y la sabiduría. Cada una de las asignaturas debe convertirse en un espacio que ayude a los alumnos a preguntarse por el sentido de las cosas, a crecer como personas y a enfrentarse a la realidad con curiosidad, con deseos de conocerla y comprenderla.

Los jóvenes, hoy día, no saben descifrar el mundo en el que viven, porque, por una parte, se les ha privado de puntos de referencia, de claves para interpretarlo. Y, por otra parte, carecen de sentido crítico. La Universidad debe ofre-

---

<sup>30</sup> JUAN PABLO II, Discurso a los profesores universitarios, Roma, 9 de septiembre de 2000.

<sup>31</sup> Cfr. BORGUESI, Máximo, *El sujeto ausente. Educación y escuela entre el nihilismo y la memoria*, Encuentro, Madrid, 2005.

cer a los alumnos, desde cada área de conocimiento, esas claves y los elementos de juicio necesarios para que puedan desarrollar un sano pensamiento crítico que les permita defenderse del engaño y la manipulación, tan frecuente hoy día. Sólo se puede decir que una persona ha alcanzado la edad adulta cuando puede discernir, con los propios medios, entre lo que es verdadero y lo que es falso, formándose un juicio propio sobre la realidad objetiva de las cosas<sup>32</sup>. Ésta es la mejor capacitación para la vida. Sólo así la Universidad será realmente escuela de saber y no una mera fábrica de titulados.

Esta dimensión humanística no debe alejar a la Universidad de los ámbitos de la vida diaria. Todo lo contrario. La Universidad tiene que estar atenta a lo que ocurre fuera de las aulas, en la sociedad en la que está inserta. Si es necesario, y sin miedos ni complejos, debe tener la valentía de expresar verdades incómodas, las que no halagan a la opinión pública, pero que son tan necesarias para salvaguardar el bien auténtico de la sociedad<sup>33</sup>. Y debe intentar, por todos los medios, que los alumnos descubran y hagan suya la necesidad de poner todo su potencial al servicio del bien común; la necesidad de participar en la promoción de un desarrollo que permita erradicar la pobreza material y moral de la propia sociedad y del mundo entero. El profesor puede y debe despertar en sus alumnos el deseo de aprender, y de atreverse a pensar, de ser ellos mismos, de comprometerse con grandes ideales y asumir su propio destino; y de servir material y espiritualmente a los demás.

#### d) *Con el método adecuado*

Se trata, ante todo y también, de un reto metodológico. Un método que reflexiona sobre los límites de cada ciencia y el alcance de sus conclusiones, que reconoce esos límites y sabe no proponer juicios sobre la realidad que no pueden sustentarse en sus propias premisas. Que sabe dar a la ciencia empírica lo que es suyo, a la Filosofía y a la Teología lo mismo. Y que sabe armonizar las verdades parciales en una verdad total, más grande, más profunda, más completa.

Esto es muy importante, porque cada objeto de estudio requiere un método adecuado, y si aplicamos el método incorrecto nos encontraremos con unos re-

---

<sup>32</sup> JUAN PABLO II, Encíclica *Fides et ratio*, n. 25.

<sup>33</sup> *Ibid.*, n.

sultados equivocados, completamente inválidos. Y lo que ha ocurrido en los últimos tiempos, y sigue ocurriendo en la actualidad, es que se ha querido universalizar un canon metodológico estrictamente empírico. Se ha querido aplicar el método empírico-experimental a cualquier investigación, a cualquier objeto de estudio. Este método, ciertamente, es válido para las ciencias experimentales (aunque no debería ser «el único método»); pero es limitado, y no es apto para llegar a lo más profundo de la realidad, a la esencia de las cosas y a sus causas últimas. Este grave error metodológico ha llevado al hombre a quedarse en lo superficial o en lo fenoménico, profesando el agnosticismo sobre todo lo que está más allá del hombre mismo, es decir, sobre lo que no es demostrable empíricamente<sup>34</sup>.

Así nos encontramos con que son muchos los que sostienen una concepción puramente materialista del hombre, considerando inaceptable conceder cualquier validez a elementos metafísicos por el simple hecho de que tales elementos, el alma humana por ejemplo, no son susceptibles de ser analizados con los métodos propios de la ciencia experimental o no pueden ser objeto de estudio de la biología molecular. Esto equivale a afirmar que sólo la ciencia neopositiva experimental representa una forma de conocimiento objetivamente válida, porque realmente sólo existen los objetos materiales, que únicamente son susceptibles de ser conocidos de una forma empírica. En rigor, este conjunto de afirmaciones trasciende totalmente el ámbito de la «ciencia», constituyendo, en realidad, una serie de tesis filosóficas cuya veracidad no puede demostrarse ni refutarse con los métodos de la ciencia experimental.

Esto no es ciencia, es científicismo. La ciencia experimental se dedica al estudio de la realidad empírica mediante una metodología consistente en proponer hipótesis interpretativas y explicativas, cuya verdad o validez deben ser confirmadas o refutadas mediante la experimentación. El científicismo, por su parte, lo que suele hacer es intentar pasar por verdades científicas (es decir, comprobadas empíricamente o deducibles de conclusiones experimentales establecidas empíricamente), afirmaciones filosóficas asumidas de forma acrítica y enteramente a priorista. El científicismo es una manipulación ideológica de la ciencia por parte del materialismo, que es siempre una doctrina filosófica y no una conclusión extraíble de los métodos de investigación científica. Por otro lado, sería muy discutible llamar «ciencia» sólo a lo que es propio del método «empírico-experimental».

---

<sup>34</sup> CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes* II, 57, Cfr. FORMENT, Eduardo, *El profesor católico y el nuevo humanismo*.

La superación del cientificismo se logra mediante un conocimiento adecuado del alcance y los límites del proceder metodológico de la ciencia positiva. Y, sobre todo, a través del reconocimiento de la existencia de diversas formas de conocimiento humano; ciencias todas ellas con una validez objetiva adecuada a sus métodos de investigación propios; y a sus correspondientes objetos de estudio. Se requiere también dejar de lado los prejuicios ideológicos subjetivos, que lo único que hacen es entorpecer el conocimiento de la verdad, algo a lo que, cada una de las formas de conocimiento humano (las ciencias positivas, la Filosofía y la Teología), a su manera, contribuyen de forma decisiva.

Es preciso reconocer la multiplicidad de caminos del espíritu humano, la amplitud de la racionalidad, que tiene que conocer diversos métodos según la índole del objeto. Lo no material no puede ser abordado con métodos que corresponden a lo material. Por otra parte, hay que distinguir dos niveles de conocimiento: el conocimiento del cómo, que es exclusivo de la ciencia empírica, en su acepción moderna, y el conocimiento del porqué (del sentido), que concierne a la Filosofía y a la Teología. Estos enfoques son diferentes en sus objetivos y en sus métodos, pero en realidad son complementarios, y deberían converger hacia una verdad única<sup>35</sup>.

Una visión coherente, fundada sobre la trascendencia y la superioridad del espíritu sobre la materia, requiere una sabiduría en la que el saber científico se despliegue en un horizonte iluminado por la reflexión metafísica. Si no confundimos los principios metodológicos, podremos distinguir los distintos planos de conocimiento para unir y encontrar, por encima de la diversidad de saberes, la síntesis armoniosa y el sentido unificante de la totalidad que corresponde a una sabiduría plenamente humana.

#### e) *Desde el propio ejemplo y testimonio*

En la Universidad no sólo se elabora un pensamiento que refleja la síntesis del saber, sino que ese saber se hace persuasivo para quien lo conoce sólo cuando se encarna en personas, es decir, cuando encierra una verdad sobre la que se puede tener experiencia y dar testimonio<sup>36</sup>. El profesor no sólo enseña

---

<sup>35</sup> MARMELADA, Carlos A., *Cientificismo positivista y ciencia positiva hoy*, Conferencia pronunciada en las Jornadas Humanistas, Huesca, 23 de agosto de 2002, [www.conoze.com/doc.php?doc=7276](http://www.conoze.com/doc.php?doc=7276).

<sup>36</sup> MORANDÉ COURT, Pedro, *Un nuevo humanismo para la vida de la Universidad*, Exposición hecha en el marco del Jubileo de los Docentes Universitarios, Roma, septiembre de 2000, en *Humanitas*, n. 20.

unos contenidos, sino que su influencia va mucho más allá. Por eso, toda la personalidad del profesor interesa y afecta a los estudiantes: su competencia pedagógica, el dominio de la materia que enseña, y también sus cualidades humanas y morales, su cultura general, su manera de evaluar, su forma de relacionarse, etc. Todo tiene una repercusión decisiva en la formación del alumno. La más fuerte de las influencias que ejerce el profesor no procede de los que dice, sino de lo que es y hace. Esto último crea la atmósfera, y el alumno va poco a poco absorbiendo todo como por ósmosis, a veces hasta sin darse cuenta. Por tanto, se puede decir que lo que más influye es la forma de ser del profesor, y no precisamente su temperamento, sino los valores que vive, que ha interiorizado y que, por tanto, transmite. Lo segundo, lo que hace. Y sólo en tercer lugar lo que dice<sup>37</sup>. Como dice la sabiduría popular: «Es más importante lo que el maestro es que lo que enseña». El profesor no sólo enseña una asignatura, sino que se enseña a sí mismo.

Siempre ha sido más eficaz el ejemplo del testigo que los argumentos del razonador, y en esta época de relativismo a ultranza es mucho más claro todavía. Los argumentos, los razonamientos, convencen poco. A veces resulta difícil hasta hacerse escuchar. Sin embargo, el testimonio de autenticidad y de coherencia llega de una forma directa. El profesor que es capaz de defender con argumentos una determinada concepción de la vida, y que además demuestra con su testimonio que es razonable vivir de esa determinada manera está convenciendo de una manera doble: con el razonamiento directo y con lo razonable de su testimonio<sup>38</sup>.

En los últimos años el profesor puede haberse convertido en un técnico que se limita a transmitir información como si fuera una mercancía, y esto necesariamente provoca una degradación de su figura y de su tarea. Es muy importante recuperar la conciencia de que el profesor es, necesariamente, testimonio de una forma de concebir la vida y de concebir el saber. Porque, si el profesor se concibe a sí mismo como un mero transmisor de técnicas, evidentemente sólo será capaz de transmitir técnicas y, además, no solamente de transmitir técnicas, sino de transmitir una forma de ser «técnico», una concepción del hombre como mera técnica.

---

<sup>37</sup> Cfr. GUARDINI, Romano, *Las etapas de la vida*, Palabra, Madrid 1997, p.

<sup>38</sup> ANDRÉS-GALLEGO, José, Lección inaugural del curso académico 2002-2003 en la Universidad Católica San Antonio de Murcia.

unos contenidos, sino que su influencia va mucho más allá. Por eso, toda la personalidad del profesor interesa y afecta a los estudiantes: su competencia pedagógica, el dominio de la materia que enseña, y también sus cualidades humanas y morales, su cultura general, su manera de evaluar, su forma de relacionarse, etc. Todo tiene una repercusión decisiva en la formación del alumno. La más fuerte de las influencias que ejerce el profesor no procede de los que dice, sino de lo que es y hace. Esto último crea la atmósfera, y el alumno va poco a poco absorbiendo todo como por ósmosis, a veces hasta sin darse cuenta. Por tanto, se puede decir que lo que más influye es la forma de ser del profesor, y no precisamente su temperamento, sino los valores que vive, que ha interiorizado y que, por tanto, transmite. Lo segundo, lo que hace. Y sólo en tercer lugar lo que dice<sup>37</sup>. Como dice la sabiduría popular: «Es más importante lo que el maestro es que lo que enseña». El profesor no sólo enseña una asignatura, sino que se enseña a sí mismo.

Siempre ha sido más eficaz el ejemplo del testigo que los argumentos del razonador, y en esta época de relativismo a ultranza es mucho más claro todavía. Los argumentos, los razonamientos, convencen poco. A veces resulta difícil hasta hacerse escuchar. Sin embargo, el testimonio de autenticidad y de coherencia llega de una forma directa. El profesor que es capaz de defender con argumentos una determinada concepción de la vida, y que además demuestra con su testimonio que es razonable vivir de esa determinada manera está convenciendo de una manera doble: con el razonamiento directo y con lo razonable de su testimonio<sup>38</sup>.

En los últimos años el profesor puede haberse convertido en un técnico que se limita a transmitir información como si fuera una mercancía, y esto necesariamente provoca una degradación de su figura y de su tarea. Es muy importante recuperar la conciencia de que el profesor es, necesariamente, testimonio de una forma de concebir la vida y de concebir el saber. Porque, si el profesor se concibe a sí mismo como un mero transmisor de técnicas, evidentemente sólo será capaz de transmitir técnicas y, además, no solamente de transmitir técnicas, sino de transmitir una forma de ser «técnico», una concepción del hombre como mera técnica.

---

<sup>37</sup> Cfr. GUARDINI, Romano, *Las etapas de la vida*, Palabra, Madrid 1997.

<sup>38</sup> ANDRÉS-GALLEGO, José, Lección inaugural del curso académico 2002-2003 en la Universidad Católica San Antonio de Murcia.

visión decorativa, como con un barniz superficial, sino de una manera profunda, creativa y auténticamente transformadora.

A través de la excelencia académica e investigadora, y cada uno desde el área de conocimiento que le es propia, se debe crear en la Universidad un auténtico «laboratorio cultural» en el que dialoguen constructivamente la Filosofía, las Ciencias Humanas y las Ciencias de la Naturaleza<sup>41</sup>. Un lugar donde se cultiva el saber, la pasión por la verdad y el servicio al bien común.

Como se ha dicho al comienzo, el fin es lo primero en la intención y lo último en la ejecución. La perfección de los alumnos, y, a través de ellos, de la sociedad entera, debe tener carácter de fin en la Universidad. Aunque muchas veces se perciba como una meta lejana y difícil de alcanzar, debe estar siempre en el primer plano de nuestro trabajo: lo primero en la intención. ¿Para qué enseñar? Para contribuir a la perfección de los alumnos, que es su felicidad. Además de transmitirles conocimientos y técnicas, se les debe ayudar a sacar el mejor partido posible de los conocimientos adquiridos favoreciendo la construcción de una personalidad más madura, más armoniosa y equilibrada, más sólida y firme, más justa y solidaria, más humana. En la auténtica felicidad se dan cita todas las potencialidades del hombre llevadas a su madurez, a su máximo esplendor, el entendimiento contemplando la verdad y la voluntad descansando en el bien amado es el *gaudium de veritate*, el gozo de la verdad del que habla san Agustín<sup>42</sup>.

---

<sup>41</sup> JUAN PABLO II, Discurso a los profesores universitarios, Roma, 9 de septiembre de 2000.

<sup>42</sup> Santo TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II q. 3, a. 4 in c.